

transeuntes no podían sospechar que aquel jinete sin escolta era el emperador; pero á su regreso, la muchedumbre supo que era él y le tributó una ovación indescriptible.

Aquel mismo día el emperador dirigió á sus soldados la proclama siguiente: «Soldados: Hace un mes, confiando en los esfuerzos de la diplomacia, esperaba aún la paz, cuando de pronto la invasión del Piamonte por las tropas austriacas nos obligó á tomar las armas. No estábamos preparados; faltaban hombres, caballos, material, abastecimientos, y para socorrer á nuestros aliados debíamos desembocar á toda prisa y por pequeñas fracciones al otro lado de los Alpes, ante un enemigo formidable preparado de larga fecha. El peligro era grande; la energía de la nación y vuestro valor han suplido á todo. Francia ha vuelto á hacer gala de sus antiguas virtudes, y unida con un mismo objeto y con un solo sentimiento, ha demostrado el poder de sus recursos y la fuerza de su patriotismo. Solamente diez días hace que han empezado las operaciones y el territorio piamontés está ya libre de invasores. El ejército aliado ha dado cuatro combates afortunados y alcanzado una victoria decisiva que le ha abierto las puertas de la capital de Lombardía. Habéis puesto fuera de combate treinta y cinco mil hombres, cogido diez y siete cañones, dos banderas y ocho mil prisioneros, pero no ha terminado todo; aún nos quedan luchas que sostener, obstáculos que vencer. ¡Cuento con vosotros, bravos soldados del ejército de Italia! ¡Desde lo alto del cielo vuestros padres os contemplan con orgullo!»

En el mismo momento en que se publicaba esta alocución, las tropas del mariscal Baraguey d'Hilliers unidas á las del mariscal Mac-Mahón luchaban en Melegnano.

## L

## MELEGNANO

El mariscal Baraguey d'Hilliers sentía en extremo que el primer cuerpo de ejército del que era jefe no hubiera tenido el honor de tomar parte en la batalla de Magenta; pero se indemnizó trabando el 8 de junio el combate de Melegnano.

Melegnano (Marignán) es un pueblo de tres mil habitantes situado á quince kilómetros al SE. de Milán. Allí alcanzó Francisco I una victoria memorable sobre los suizos, conocida con el nombre de batalla de Gigantes.

Cuando Napoleón III supo que los austriacos se retiraban hacia Lodi, pero que ocupaban aún á Melegnano, tomó la resolución de desalojarlos de allí, y encargó esta operación á los cuerpos primero y segundo, debiendo dirigirla el mariscal Baraguey d'Hilliers teniendo á sus órdenes al mariscal Mac-Mahón.

El primer cuerpo, que estaba acampado en San Pietro l'Olmo, se puso en marcha el 8 de junio muy temprano para Melegnano, situado á veintiocho kilómetros de aquella localidad.

La primera división iba mandada por el general Forey, la segunda por el general Ladmirault y la tercera por el general Bazaine: la una emprendió la marcha á las cuatro de la mañana, la otra á las cinco y la última á las seis.

Las tres se encaminaron primeramente hacia Milán, ciudad que atravesaron á toda prisa en medio de una multitud entusiasta que les arrojaba flores y coronas. Salieron de la ciudad por la *porta Romana* y se dirigieron á Melegnano. Cada cual tomó diferente camino para llegar aquí. La tercera división, la de Bazaine, avanzó por el camino real, calzada de veinte metros de anchura, la cual tiene á uno y otro lado zanjas llenas de agua de ocho á diez metros de ancho y sobre las cuales hay de trecho en trecho puentecillos con sus pretilos para pasar al campo.

A derecha é izquierda el terreno está cortado por gran número de zanjas y canales de riego, cubriendo su superficie praderas, campos de trigo, setos espesos y gran cantidad de árboles.

La división Bazaine, á la cual estaba reservado el honor de ser la primera en atacar las posiciones de Melegnano, se adelantó mucho á las otras dos que se tenían que detener á menudo por causa de las zanjas ó retrasarse por los rodeos de los caminos laterales. Llegó á San Giuliano á las cinco de la tarde, y



á las cinco y tres cuartos estaba á la vista de Melegnano, á un kilómetro de distancia.

La prudencia habría aconsejado aguardar á las divisiones Forey y Ladmirault y combinar un movimiento con las tropas del segundo cuerpo que á alguna distancia de allí se aprestaba á maniobrar sobre la retaguardia del enemigo; pero el mariscal Baraguey d'Hilliers tenía impaciencia por hacer hablar á la pólvora.

Son cerca de las seis de la tarde y la división Bazaine lleva doce horas de marcha. El mariscal la da orden de comenzar el ataque. Al punto una compañía de zuavos, que va de vanguardia, se despliega en guerrillas á los dos lados del camino.

Los austriacos no tienen para defender el pueblo más que las brigadas Roden y Boer, pero ocupan excelentes posiciones; su artillería enfila el camino por el cual llegan los franceses. Restos de antiguas fortificaciones, vallas, huertos y granjas les ofrecen abrigos seguros. La mayor parte de las casas que dan á las calles principales están convertidas en barricadas y provistas de defensores. El 1.º de zuavos, seguido del 33 y del 34 de línea, arrojando la metralla, ataca con ímpetu extraordinario. En vano han guarnecido los austriacos con una nube de tiradores las primeras casas de la ciudad, el corte de la carretera y el cementerio; en vano oponen denodada resistencia en las calles, en el castillo, detrás de los vallados y de las cercas de las huertas; no pueden contener el empuje del intrépido general Bazaine y de su admirable división.

El general Goze, que manda la primera brigada, y el coronel Paulze d'Ivoy, jefe del 1.º de zuavos, preceden y lanzan sus columnas de asalto. Todos los oficiales, con la espada desnuda, marchan al frente de sus soldados.

Los austriacos han concentrado sus esfuerzos en el antiguo castillo, pues las tropas francesas podrían interceptar por allí su movimiento de retirada sobre Lodi y Pavía. En los muros han abierto aspilleras, desde las cuales disparan una lluvia de balas.

El 1.º de zuavos desemboca en la plaza del viejo castillo. Un fuego graneado de fusilería que parte de las ventanas no detiene su ardor: mientras unos se lanzan al castillo, arrojan á los austriacos y se instalan en él, otros, arrastrados por el coronel Paulze d'Ivoy, franquean la puerta que conduce al arrabal de Carpiano. En este momento, el arrojado coronel, que no ha cesado de animar á sus zuavos con el ademán, la voz y el ejemplo, y al que acaban de matarle el caballo, cae herido mortalmente de un balazo en la cabeza cerca de la iglesia que ocupa una esquina de la encrucijada. Los zuavos le vengán apoderándose de las primeras casas del arrabal, y siendo muy pocos en número para arrojar al enemigo más lejos, se emboscan allí aguardando refuerzos.

Al mismo tiempo el 33 de línea rechaza al enemigo. En una de las vueltas ofensivas de los austriacos, su bandera, un momento en peligro, pero heroicamente defendida, resulta con el asta rota.

Una deshecha tormenta, que se acercaba hacía tiempo, estalla por fin en el lugar del combate y lo inunda de lluvia torrencial. El fragor del trueno se mezcla con el de la batalla: el viento brama con furor.

El mariscal Baraguey d'Hilliers está en el centro de la acción en la plaza de la iglesia. La segunda división, que se había reunido en el puente de Lambro con las tropas de la tercera y se había tenido que detener á causa de la profundidad del agua y de la escarpada altura de los ribazos, ha logrado proseguir y contribuye poderosamente al resultado final.

La primera división, la del general Forey, no ha podido tomar parte en el combate. Formando una columna con su primera brigada, el general había hecho avanzar á Riozzo al 74 de línea, el 84 y el 17 de cazadores; pero las zanjas llenas de agua, los cortes del terreno y la tormenta los habían retrasado y no pasaron del camino de Landriano. Como marchaban desde las cuatro de la mañana, el general Forey les mandó hacer un alto. Al poco tiempo recibió del mariscal Baraguey d'Hilliers la orden de entrar en Melegnano, adonde su división llegó á las diez y media de la noche.

En cuanto al segundo cuerpo, al del mariscal Mac-Mahón, después de separarse de la carretera, se había dirigido, conforme estaba convenido entre los dos mariscales, sobre la extrema derecha y la retaguardia del enemigo. La segunda división, mandada por el general Decaen, había llegado á Mediglia á las cuatro de la tarde, seguida á larga distancia por la primera, la del general la Motte-rouge, retrasada por haber tenido que vadear el Lambro y por los malos caminos.

La división Decaen estaba acampada en Balbiano, cuando el estampido del cañón la hizo emprender y apresurar su marcha. Seis batallones, sacados por el mariscal Mac-Mahón de las dos brigadas, se pusieron al punto sobre las armas, dejando sus morrales, y avanzaron seguidos de la artillería. Aquella columna, al llegar al camino de Mulazzano, hizo un cambio de frente á la derecha y echó á andar en línea formada por los batallones en masa atravesando praderas de acceso difícil. Emplazáronse entonces las dos baterías de la división, y á pesar de hacerse de noche y de la lluvia que caía, pudieron disparar algunos cañonazos á las columnas austriacas que se batían en retirada por el camino de Lodi.

En resumen, los vencedores de Melegnano eran el mariscal Baraguey d'Hilliers y los generales Ladmirault y Bazaine. Pocos combates ha habido tan sangrientos como aquél. El mariscal decía en su parte al emperador: «Las pérdidas del enemigo son considerables; las calles y las tierras inmediatas á la población estaban sembradas de cadáveres suyos; mil doscientos austriacos heridos han sido llevados á nuestras ambulancias, y hemos hecho de ochocientos á novecientos prisioneros y cogido un cañón. Nuestras pérdidas ascienden á novecientos cuarenta y tres hombres muertos ó heridos; pero como en todos los encuentros anteriores, los oficiales han caído en mayor proporción; los generales Bazaine y Goze están contusos; el coronel del 1.º de zuavos ha sido muerto; el co-



ronel y el teniente coronel del 33 han quedado heridos; en total 13 oficiales muertos y 56 heridos.»

¡Ah! Entre los que habían caído para no levantarse más, ¡cuántos llevaban aún en el ojal ó en el kepis las flores que las mujeres milanesas les habían echado aquella misma mañana!

## LI

## ANTES DE SOLFERINO

Las ideas de triunfo y las de muerte se confundían en la imaginación de Napoleón III. El 9 de junio, á las nueve de la mañana, fué á ver al mariscal Baraguey d'Hilliers á Melegnano y contempló con dolor los restos de la carnicería de la víspera. Dos horas después estaba de regreso en Milán para asistir al *Te Deum* cantado en la catedral.

Son las once, y todas las campanas de la ciudad se echan á vuelo; los tambores redoblan y resuenan las trompetas. Desde la quinta Bonaparte, alojamiento del emperador, hasta la catedral, la guardia imperial está tendida en doble fila en la carrera. De las paredes y balcones de las casas cuelgan antiguos tapices, colgaduras de seda y terciopelo, flecos de oro mezclados con los largos pliegues de las banderas.

La comitiva imperial y real se pone en marcha, yendo á la cabeza los cien guardias. Napoleón III y Víctor Manuel aparecen á caballo en el extremo del Corso, seguidos de su Estado mayor. Sobre ambos monarcas cae una lluvia de flores. Milán ha devastado sus jardines; una alfombra olorosa cubre el empedrado de la ciudad lombarda. En todas las ventanas, en todos los balcones se ven ramas verdes, coronas y flores deshojadas en canastillos que tienen en sus manos las jóvenes milanesas como para las procesiones del Corpus. Llega un momento en que los caballos del emperador y del rey, que son blanco de los proyectiles floridos, se encabritan; y los monarcas hacen á las bellas milanesas seña de que moderen sus arrebatos de alegría y de entusiasmo.

La comitiva llega delante de la catedral de mármol blanco que se destaca majestuosamente sobre el fondo azul oscuro del cielo italiano, con la inagotable riqueza de su ornamentación escultórica, la multitud de sus escaleras y terrazas, y su atrevida pirámide central alrededor de la cual se escalona un prodigioso bosque de torrecillas, agujas y un sinnúmero de estatuas.

El obispo coadjutor, cubierto con la mitra blanca y acompañado del clero, recibe á los soberanos á la puerta del edificio. Se ha tenido el buen gusto de no adornar con colgaduras las paredes de aquella magnífica iglesia, la mayor del mundo después de San Pedro de Roma. No se debe cubrir con alfombras el pavimento de mosaico, con colgaduras las cinco naves, sus bóvedas ojivales, sus columnas y sus festones de mármol.